

Juan Carlos Delgado

Mi existencia como experiencia estética



Introducción

El presente ensayo fue concebido inicialmente como un documento de acreditación, para obtener el Diplomado en Filosofía, con mención en mística y humanismo del programa de estudios que cursé en la Universidad Antonio Ruiz de Montoya entre los años 2009 y 2010.

Una vez terminado el programa, fui postergando la redacción del escrito hasta estar seguro del tema que deseaba investigar y en el que me sentía capaz, pues confieso que no tener una Licenciatura en Filosofía me causaba cierta inseguridad para su realización.

Como en un encuentro amoroso, todo comenzó con una idea, una fantasía que fue mudando de cuerpo una y otra vez en mi mente, con el transcurrir de los meses. *Mi existencia como experiencia estética* implicó una indagación de aquella cosa que me interesaba, *googleando* para saber más sobre ella, buscándola en bibliotecas, anotando sus detalles más interesantes, que coincidían o enriquecían mis propias búsquedas como ser humano.

Ya en la intimidad, los primeros juegos de escribir moderadamente fueron dando curso a esta situación que, llegando al clímax de su realización, me ha hecho sentir pleno en sus formas y contenidos. Ha sido una gran experiencia de autoconocimiento y de identificación de importantes fuentes filosóficas afines a mi quehacer artístico.

Ahora el ensayo va más allá de un frío trabajo académico para ser compartido con mi comunidad, como quien presenta a su hijo a los amigos, colegas, estudiantes, a todas aquellas personas que, de un modo u otro, les interesen las temáticas existenciales, en este caso relacionadas a la experiencia estética.

Es un manifiesto personal que, si Dios quiere, puede hacer eco en tu corazón.

San Miguel, 5 de noviembre de 2012

A Rocío.

Mi existencia como experiencia estética

La muerte y yo

¿Por qué estamos aquí, todos nosotros, condenados a muerte?

- Albert Camus

Elaborar un ensayo de corte existencial implica subordinar la razón a la experiencia de vida. Tomando como principal referencia a Søren Kierkegaard (Copenhague, 1813 – 1855) para hilvanar mis pensamientos, entiendo que *la filosofía debe conectar con la vida y la experiencia propias de cada individuo, con la situación histórica en que él se encuentre, y en que ha de ser una forma de vida* (citado en Roubiczek, 1970, p. 17). Así es como he planteado la redacción del presente texto, desde mi subjetividad, haciendo referencia cada cierto tramo a los escritores que admiro y cuyos ideas pueden ayudar a formar el marco académico de la obra.

Confieso que me da miedo escribir desde mis adentros. Se mezclan varios sentimientos, originados en mi relación con el mundo y con mis sombras personales. Siento temor de equivocarme, un miedo que me retrae a seguir avanzando con estas líneas. El miedo que experimento es, en parte, ocasionado por el querer quedar bien con el lector, con mis amigos, con mis jueces. Ese ser en el mundo que, en mis 33 años de existencia, me ha ido ubicando y condicionando a una posición, una pose, una máscara que sin darme cuenta ya es parte de mí y que, por unos momentos, trataré de poner a un lado.

Otro temor me habita. Esta vez causado por mi interioridad, por mi propia oscuridad. Sentirme en buena medida ciego de mí mismo, de mis recuerdos, de esa historia personal que se va diluyendo a medida que se impone la fuerza del presente. Me da miedo mentirme a mí mismo y, con ello, a los demás. Me da miedo que todo esto no sea más que una pérdida de tiempo, llenarme de falsedades, de lugares comunes. Me da miedo terminar quedando bien.

Hace más de diez mil días que habito esta tierra, llena de misterios. De sólo mencionarlo, me doy cuenta de haber malgastado el tiempo. He descubierto tan poco en estos años y, a cada instante que pasa, el universo continúa expandiendo mi ignorancia de forma exagerada. Sé que la conciencia que me mueve a escribir estas líneas tiene sed de alguna respuesta. Una sola certeza por la que haya valido la pena el tiempo de existente, antes de retornar a la nada.

En los últimos años me he ido dando cuenta que estas inquietudes no son comunes entre quienes me rodean. Sin embargo, pulsan constantemente en mi persona y, en mis actividades expresivas, han ido caracterizando aquello que puede verse como un estilo propio pero que, revisando la historia del hombre, sólo es el reflejo de aquellos que tendemos a vernos a nosotros mismos y que alcanzamos con mayor o menor profundidad, sinceridad o talento, de acuerdo a las circunstancias particulares de cada individuo.

¿Por qué este verme a mí mismo es tan importante? Por una extensión macabra de mi inseguridad primera. El temor de quedar mal con los demás es leve comparado a la falta de certeza de que ellos y el mundo entero que me rodea sean verdaderos, que mis sentidos me engañen descaradamente con respecto a esta realidad diaria que cotidianamente he terminado por aceptar pero que, no obstante, a cada momento me sigue susurrando: “¿y si no?”

Así es como vuelco los ojos hacia mi interior, hacia mi subjetividad, aquella que me es propia y nadie más conoce como yo. En esta oscuridad confío más que en la de afuera. Aquí está todo lo mío, la tengo tan próxima que me puedo identificar con ella. Me acompaña desde siempre.

¿Qué tanto se puede encontrar aquí dentro? Está mi memoria, que opera desordenadamente, trayéndome recuerdos, canciones, aromas, obedeciendo a algún patrón oscuro que no logro descubrir. Contrariamente a la historia lineal, ordenada, que hacen los hombres para planificar su futuro, la historia de mis adentros es emocional, aparece con sobresaltos, con penas y alegrías que parecieran ocupar más tiempo del que tuvieron en el mundo de afuera. Por otro lado, también están aquellos lugares comunes, aquellas horas, días, meses y años trabajando, haciendo trámites, revisando exámenes, cumpliendo largas rutinas que, sin embargo, no tienen mayor trascendencia en mi historia personal.

Esta oscuridad de mis recuerdos, mezclados confusamente y que vienen a mi presente por una voluntad que no termino de controlar, se acompaña de otro mundo que habita mi mente con sus propias leyes: el del sueño. Llega la noche, el cuerpo se adormece y mi alma viaja a otros mundos que, al despertar, no recuerdo. En esta realidad del sueño, puedo ser un agente secreto, volar, acostarme con diferentes mujeres pero, llegado el día, vuelvo a ser el ciudadano común, que en su quehacer cotidiano tomo poca o ninguna importancia a aquello que ocurrió en la madrugada, por más que esta realidad fantástica haya sido más intensa y feliz que la del día.

Casi no tengo control sobre lo que sueño. Alguna vez he estado haciendo el amor con la mujer que tanto deseaba y un ruido, una luz repentina, la voz de mi hermana, me han secuestrado de esa alegría. Malhumorado, he querido retornar con mi mujer, visitarla nuevamente en esa nebulosa realidad pero no lo he conseguido. Rara vez se puede continuar un sueño acabado.

Hasta aquí, entonces, dejo testimonio de dos dimensiones de mi subjetividad: mi memoria (emocional) y mi mundo onírico. Ambos enraizados en un caos que domina esta oscuridad interna. Pero también existe dentro mío un agente que puedo, hasta cierto punto, administrar: mi mente. Aquel siervo que se encarga de buscar los recuerdos que necesito, que me ayuda a pensar mi futuro, ver el modo de resolver el acertijo de un videojuego, entre otras actividades del pensamiento. Esta mente trabaja de día y de noche, y se relaciona constantemente tanto con el mundo de adentro como con el de afuera. Algunas veces, debido a su intensa actividad, se agota y me pide un descanso. Otras opera muy deprisa, pero siempre moviéndose dentro de las coordenadas que le pido.

La intención de explorar mi subjetividad la hago con mi mente. Sin embargo, nada me asegura que las herramientas con las que trabaja sean las más adecuadas para esta exploración pues provienen del mundo de afuera, al que convencionalmente llamaré *objetivo*, y del que inicialmente dudé. Una de estas herramientas es el lenguaje verbal, escrito. Este documento es un claro ejemplo de una serie de normas que debo seguir para darme a entender y, en sus propias reglas gramaticales, puede constituir una insalvable limitación para relacionarme íntegramente con el caos interno que he insinuado líneas antes. Por más precisión que busque al elegir los términos que considero se acercan más a la realidad estudiada, cuando se trata del caos, el lenguaje verbal evidencia sus limitaciones.

Puedo, de repente, tratar de romper con las normas del lenguaje y aventurarme a enunciar palabras sueltas, como en un ejercicio psicoanalítico:

*Oscuridad, noche, sueño, vigilia, dolor, traumas,
miedoshambreamorsexosinpalabrasdentroimposible*

De aquí a la poesía la distancia es más corta que desde el discurso analítico, y vislumbro así lo que el existencialismo aporta a la experiencia estética, pero a esto quiero llegar más adelante. Me interesa todavía insistir en las herramientas de mi mente para indagar sobre mi subjetividad.

Por el uso del lenguaje verbal, y los recursos literarios que ha ido desarrollando a lo largo del tiempo, la poesía requiere necesariamente de ciertas convenciones que estoy tratando de anular en esta búsqueda por acceder a mi caos interno. Obviando el mundo de las letras, podría optar por el silencio.

¿Es posible esto? ¿Cómo reconocer cuando mi mente ha llegado a ese estado? He practicado meditación con cierta regularidad y muy rara vez he podido silenciar mi mente. Diferentes maestros me han recomendado, en principio, centrar la atención en un solo punto, ya sea en la respiración, alguna parte del cuerpo, etc. antes de lograrlo. Sin embargo, en mi experiencia no recuerdo haber llegado a silenciar mi mente. Creo que aquí viene la paradoja del silenciamiento: si de verdad uno lo experimentase, no podría recordarlo pues cualquier recuerdo del silencio dejaría de haber sido tal. Por esta vía, entonces, tampoco puedo tener la certeza de haber alcanzado mi misterio.

Regresando a la actividad de la mente, para que ésta se realice, debe moverse en el tiempo. Si deseo ser consciente de su presencia, debo hacerla actuar, manifestarse, ir de un pensamiento a otro. Lo estático, por otro lado, se acerca más a la idea del silencio y de la muerte. Sobre esta última, tema inevitable de cualquier cuestión existencial, me atrevo a ordenarla en tres tipos distintos: *muerte personal, muerte relativa y muerte absoluta*.

Desde que tengo memoria, en mi casa ha habido muchos gatos. En más de una ocasión he acompañado, con mucha pena, a alguno de ellos mientras muere. He sido testigo de cómo la enfermedad le va quitando su movilidad, convirtiéndolo en un animal rígido, aislado de los otros, que a unos cuantos pasos siguen jugando alegremente, indiferentes a la suerte de su antiguo amigo. Esas imágenes se me han quedado grabadas.

La muerte del animal es irse transformando de un ser móvil a uno rígido. A esta estaticidad definitiva, instantánea, es a la que estoy llamando *muerte personal*. Es sólo un momento, a partir del cual *Pichipi* o *El superseñor del amor* dejaron de ser ellos, para integrarse a la Naturaleza, gigante y anónima. De esa rigidez instantánea, que significó su partida, sus antiguos cuerpos regresan al movimiento de la Vida, de la Naturaleza, esta vez para servir de alimento a los insectos.

Se me puede cuestionar que use el ejemplo de un gato y no el de una persona, pero creo que la idea aplica tanto para una ameba como para cualquier ser humano.

Hace unos años, asistí al velorio de un amigo. Generalmente no me acerco al ataúd en este tipo de rituales, confieso que me causa bastante repugnancia, pero aquella vez lo hice. Con cierto morbo, pude ver el rostro del que alguna vez había sido *Daniel*. Fallecido días antes, ya había pasado por ese instante de estaticidad que estoy llamando *muerte personal*. El cuerpo hinchado, que descansaba en el cajón se movía muy sutilmente, pero esta vez su propietario ya no era mi amigo sino la mortal Naturaleza, que dictaminaba el destino para sus restos.

Este cuerpo va muriendo a cada ilusorio instante. Mi mente ha dejado de ser la misma, mi organismo ha cambiado interna y externamente y así también el mundo de afuera. Estoy llamando *muerte relativa* a estos infinitos intermedios que ocurren entre uno y otro instante de mi existencia. La vida es un parpadeo continuo entre aquello que fue y aquello que es, como en una película cuyos fotogramas aceptamos sin cuestionar. A pesar que a cada momento todo ha cambiado, existe un finísimo hilo conductor por el cual sigo diciendo "Yo soy Juan Carlos. Hace un minuto lo fui, hace un año lo fui y, probablemente, mañana lo siga siendo". Ese hilo conductor teje la realidad con tanta fineza que casi nunca nos percatamos de su presencia.

Sobre la *muerte absoluta*, no tengo palabras.

(...) ¿qué quiero ahora en verdad? Ahora que sé que existo a la muerte, en el filo de la verdad, la libertad, el bien, ¿para qué quiero existir, hacia qué objetivo seguir en esta vida que acaba de empezar? ¿Qué significa todo, o sea, qué es la plenitud de la existencia (su areté, su dicha: virtud y beatitud)? (García-Baró, 2007, p. 107).

Hace poco más de un año, conversando con mi madre, me confesó a mi novia y a mí que, antes de tenerme, había abortado a un hijo. Yo fui concebido de forma inesperada pues mis padres se cuidaban con algún método anticonceptivo. A los dos meses de mi nacimiento falleció mi abuela materna, mi *Mami Carmelita*, y eso deprimió a tal punto a mi madre que casi no pudo darme leche materna.

Estoy seguro que estas mortales experiencias están en la raíz de mis inquietudes, como me lo hizo ver en el 2009 el psicoanalista y profesor universitario Eduardo Gastelumendi. Tres décadas después, se somatizan en este ensayo.

El mundo de los vivos

“El hombre sólo existe en tanto se trate él mismo como si fuese para el prójimo”.

- Gabriel Marcel

Puedo afirmar que el misterio de mi caos interno, inefable, es afín a la idea de Dios. Hay dentro de mí algo que me trasciende, que va más allá de mi finitud, de mis limitadas capacidades para descubrir mi subjetividad plenamente. Siguiendo la secuencia de reflexiones anteriores, al admitir a este Dios, amoral, que me sobrepasa, no tendría por qué dejar de admitir el mundo de afuera. ¿Cómo un existente de limitadas capacidades como yo puede cuestionar aquello que lo trasciende? Si miro dentro mío, está Dios. Si miro afuera, debo reconocer que no tengo la capacidad suficiente para cuestionar su existencia.

Así, en todo está presente Dios y el misterio. Al explorar distintas realidades siempre podemos seguir descubriendo un *más allá* a cada paso que damos. Desde un pequeño insecto hasta la estrella más lejana, no sabemos casi nada sobre nuestro universo.

Dios y el misterio sería una primera característica del mundo. Otra corresponde a su principio de *unidad*. En el plano físico, la línea divisoria entre mi mundo interior y mi mundo exterior es ilusoria. Para existir, mi cuerpo necesita absorber el oxígeno de la atmósfera, integrarlo a mi corriente sanguínea e ir expulsando, a su vez, aquellas sustancias íntimas que no me son indispensables para seguir viviendo. Las células fotosensibles de mis ojos constantemente están intercambiando energías con las ondas electromagnéticas del espacio y así, de forma similar, operan todos mis sentidos.

Por otro lado, la separación entre lo mental y lo fisiológico también es arbitraria. Un modo de pensar calmo favorece una adecuada respiración y oxigenación del organismo, lo que ayuda a que el cuerpo cumpla sus funciones de forma apropiada. Preocupaciones mundanas, como la pérdida de un ser querido, de un puesto de trabajo, etc. pueden llevar a estados depresivos que afecten negativamente a nuestro sistema inmunológico, haciéndonos propensos a una serie de enfermedades.

La capacidad humana de analizar la realidad, si bien ha sido útil para el desarrollo de las ciencias y las tecnologías, muchas veces nos hace descuidar el *principio de unidad*, olvidamos que todo está relacionado. Que en el mundo, posiblemente, todo sea Uno. Cada palabra, cada gesto, cada paso, es una selección entre las infinitas posibilidades que pudieron ser y no fueron. En cierto sentido, cada decisión que tomamos es un irnos separando de ese todo unido. Ser humano es ser particular, existir en la contradicción de andar separado y unido al tejido del Cosmos.

Una alternativa de conducta, aspiración de la mística, es mantenernos identificados a ese Todo y permitir que se manifieste a través de nosotros, dejando a un lado el yo personal para dar paso a la expresión de lo divino. El silencio y la meditación de los monjes del budismo zen, la danza de los maestros derviches en medio oriente o el rezo fervoroso de ciertos sacerdotes cristianos persiguen mediante formas distintas una finalidad similar. En palabras de Kierkegaard, *el máximo logro es mantener simultáneamente una relación absoluta con el fin absoluto y una relación relativa con los fines relativos* (citado en Roubiczek, 1970, p. 101). Ser en el mundo implica una gran responsabilidad.

En un inicio, nos sentimos unidos por proximidad y vínculos sanguíneos, en la mayoría de casos, con nuestra madre. Desde el latido de la concepción, nuestro primer hogar es su cuerpo. Durante varios meses vamos creciendo dentro suyo sin siquiera imaginar que seremos expulsados prontamente de ese cálido lugar. Nadie recuerda el terror que le provocó, llegado el día, ser sacado de ahí. Pero algo nos transmiten los desgarradores gritos de los recién nacidos.

La mayoría de personas nos criamos al menos cerca de este cuerpo-hogar que es nuestra mamá. Así ha sido mi experiencia y sólo puedo especular sobre el vacío que pueden sentir aquellos que son alejados, por diversas causas, de su progenitora. Si bien venir al mundo es de por sí un ser arrancados del cuerpo primigenio, separarnos de nuestra madre a una temprana edad puede tener una carga emocional terriblemente similar.

Pasado el nacimiento, el hogar es el primer y principal ámbito de formación del ser humano. Creo que a partir de aquí las posibilidades del existente se vuelven tan amplias que desbordarían las intenciones de este ensayo. Pero me gustaría esbozar algunas ideas sobre el amor y la familia.

¿Qué es el amor? Junto con la vida y la muerte, constituye la fuente temática de toda poesía. Si se refiere a la *renuncia del yo personal* para la trascendencia de algo más (otro ser humano, colectivo, mundo, etc.), entonces el amor está emparentado con la idea de la mística de *renunciar al yo personal* para la manifestación de lo divino que hay en mí. Es un sentimiento que ayuda a que se dé el *principio de unidad* del mundo. De ahí que en todas las culturas se evidencie su valor como algo bueno.

Para el escritor y filósofo israelí Martin Buber (Viena, 1878 - Jerusalén, 1965), *el amor es la responsabilidad que se da en un yo con respecto a un tú* (citado en Roubiczek, 1970, p. 142). Esta responsabilidad se da en el encuentro, en la relación que siempre podemos construir con el otro.

El amor que existe en la familia es la actualización del principio de unidad en un grupo humano, vinculado por lazos de sangre en la mayoría de casos. Es la manifestación de lo divino en la corporeidad de los múltiples colectivos. Estos colectivos no existen de manera abstracta sino que se realizan mediante la acción de sus integrantes. La particularidad y limitación de cada uno revela la contradicción entre aquello que podría ser y no es, entre las intermitencias del amor y desamor que se da entre padres, hijos y hermanos. En mi familia, por ejemplo, hemos vivido bastante lejos de saber transmitirnos amor en el día a día y entiendo que así funcionan la mayoría de hogares de la ciudad.

Así es como experimentamos la tragedia de venir al mundo al nacer, y el conflicto de vivir entre humanos, al pertenecer a una familia.

Con el paso de los años, el contacto con la gente me ha enseñado a confiar o a desconfiar de ciertas personas, a acercarme a algunas y tener cuidado con otras. Cada vez creo necesitar menos tiempo para descifrar lo que me están diciendo los demás y pienso que, en buena medida, esta búsqueda interior, si bien limitada e infructuosa, es la que me ha abierto ligeramente las puertas del corazón humano.

Una mirada, una sonrisa, un apretón de manos, con pocos gestos mi interlocutor me va diciendo muchas cosas sobre su tejido interior. En un encuentro, la mayoría de veces lo más interesante no es lo que se habla sino lo que expresa el cuerpo, la mirada, las palabras que se repiten, etc. Siempre me quedo pensando en esto acabada una reunión. La inquietud por descubrirme a mí mismo se extiende a todos los seres con quienes comparto la vida.

A mi madre la conozco tanto, por ejemplo, que puedo saber si está de mal humor con tan sólo acercarme a la habitación donde se encuentra, como si hubiese una energía en el ambiente que me avisa. Los silencios de mi novia, por otra parte, muchas veces me expresan su desacuerdo en algo. Así lo hacen también los míos.

Sobre este tejido de existentes, conformado por mi familia, amigos y conocidos, existe un perímetro ficticio alrededor del cual se encuentran otros, a quienes me cuesta más leer. Caminando por la calle o en el transporte público, transitamos por la urbe con la mente ocupada, cerrados a los demás, portando la máscara con la que enfrentamos el mundo.

Desde pequeño me ha intrigado la historia personal de los pasajeros con quienes viajo en el bus, ¿cómo ha llegado cada uno a ocupar el asiento de este vehículo que, por unos minutos nos transportará juntos y, llegado el momento, nos separará para siempre? Ante la falta de respuestas, he recurrido a la fantasía, a la imaginación. Esta inquietud por el ser humano me ha llevado al mundo del Arte.

Haber elegido el camino del Arte es una decisión existencial. El popularmente conocido *llamado de la vocación* es el resultado de una serie de experiencias en el tiempo y condiciones innatas de la persona. Hallar tu lugar en el mundo implica, en primer término, aceptarlo como tal y, luego, decidir el rol que jugarás en él. Siguiendo la línea del existencialismo cristiano de Kierkegaard y Gabriel Marcel, el psiquiatra y filósofo alemán Karl Jaspers (Oldenburg, 1883 - Basilea, 1969) afirmaba *yo sólo existo para el prójimo; solo, no soy nada* (citado en Foulquié, 1973).

Algunos seres vivos existimos gracias a esta maravillosa vocación.

Una puerta entre los mundos

Vivir para trabajar hasta que sea posible, y cuando faltan los medios para ir trabajando, recluirse más aún en el palacio de espíritu, en la más pura contemplación. Si llegara a faltar material de trabajo, ir a la playa, y hacer dibujos con una caña sobre la arena, dibujar con el chorro de una meada, sobre la tierra seca, dibujar en el espacio vacío el gráfico del canto de los pájaros, el ruido del agua, del viento de una rueda de carro y el canto de los insectos, y que todo esto se lo lleve después el viento, el agua, pero tener el convencimiento de que todas estas realizaciones del espíritu repercutirán por arte de magia y milagro en el espíritu de los otros hombres.

- Joan Miró

Una vocación artística sincera implica un compromiso profundo, vital, con la actividad. Sabemos de genios como Van Gogh, Gauguin, Kandinsky o Mondrian, quienes dedicaron sus vidas, por medio de la pintura, a buscar alguna respuesta sobre lo que consideraban verdadero. En Lima, antes de ser autodidacta uno puede estudiar en la Escuela Nacional de Bellas Artes o en la Pontificia Universidad Católica del Perú. Sin embargo, la banalización de la cultura y el materialismo que implica vivir en una sociedad consumista, que viene creciendo macroeconómicamente de forma sostenida, ha afectado negativamente las búsquedas espirituales de antaño, por medio del Arte.

Para insertarse al mercado, el artista contemporáneo debe saber lograr, antes que una experiencia estética, una adecuada comunicación; antes que una expresión de su necesidad interior, saber justificar su proyecto ante la sociedad; antes que intuir, sistematizar.

Para que un proyecto funcione en una galería comercial debe, obviamente, vender. Las obras de arte deben saber sintonizar con el diseño de interiores de la casa del comprador de turno. Una tela debe poder combinar con el sillón de su sala. De esto fui tristemente testigo alguna vez, cuando me tocó ser guía en *La Noche de Arte de Lima*, el evento artístico comercial más grande en la ciudad. Lo menos importante para los clientes, en su mayoría señoras, era la búsqueda espiritual del artista. Se elegía, más bien, lo meramente sensorial: lo raro, lo llamativo o, en todo caso, buscar obras de autores reconocidos mediáticamente, para así demostrar status o *buen gusto*.

Por otro lado, el Arte que a mí me interesa es aquél que sirve como ventana del más allá. Aquellas obras que tienen la capacidad de permitirnos atravesar lo mundano para ver la realidad con ojos de admiración. Obras que tienen aquella carga de atemporalidad, obras humanas que puedan reunir nuestras tristes fronteras con lo infinito.

Los artistas que mencioné anteriormente tuvieron el valor de escarbar en ese misterio que es la realidad y extraer algo de sus búsquedas. Esas pinturas, apuntes, escritos, son el testimonio de un esfuerzo cabal por hallar alguna respuesta sobre el mundo. De ahí radica su importancia y vitalidad, más allá del tiempo y del lugar en que fueron realizados.

Siguiendo una línea neoplatónica de pensamiento sobre nuestra situación en el mundo, *Espacio y Tiempo exigen que vivamos de cara a la Verdad, que hagamos el Bien, que vayamos al encuentro de la Belleza, experiencia de lo trascendental* (Roubiczek, 1970, p. 161). Un arte superficial, preocupado más por la venta que por la búsqueda sincera, sólo se queda en lo aparente de lo sensorial, encadenándonos a los límites de la vida material.

El que vive según la estética es siempre excéntrico, tiene siempre su centro en la periferia. El que se ha elegido tiene, en adelante, su centro en sí mismo (Mounier, 1967, p. 102). En buena medida, la realización artística es un cambio para uno, para el artista que ejecuta la obra, un redescubrirse constantemente en el trabajo, levantando capas y capas de recuerdos, historias, impulsos, que sólo uno conoce. A veces el público se queda con lo más vano o anecdótico o de la pintura, el poema o la película.

Sin ser un filósofo, el artista auténtico tiene la posibilidad de actualizar el Ser mediante su hacer. La vocación artística permite al hombre elegirse libremente a sí mismo y, mediante la experiencia estética que suscitan sus obras, abrir las puertas de esta elección a los demás.

En cinco años de estudios superiores de artes plásticas, nunca tuve una discusión con un profesor sobre lo que constituye una experiencia estética. El acercamiento cientificista del campo académico, reduce la enseñanza del arte a contenidos que pretenden ser objetivos: la descomposición de la imagen en puntos, líneas, formas y signos cuyas frías interpretaciones varían de acuerdo al contexto en que se desarrollan; la fisiología de la visión para la percepción del color; la historia del arte; etc.

La Estética es una disciplina venida a menos en la enseñanza del arte en la ciudad de Lima. La falta de claridad sobre su objeto de estudio la ha puesto en segundo plano con respecto a otros acercamientos, como el de la semiótica, la sociología o la historia del arte. Esta variable condiciona que los proyectos de los futuros profesionales en artes visuales se parezcan mucho a los que podrían realizar estudiantes de ciencias de la comunicación, donde importa más la claridad del mensaje dirigido a un público objetivo que la experiencia estética que se pueda generar.

¿Qué es la Estética? En su texto enciclopédico, *Introducción a la Estética: Historia, Teoría, Textos*, el sacerdote y erudito español Juan Plazaola (San Sebastián, 1919 - 2005) brinda una extensa guía donde reconoce las dificultades para delimitar el objeto de estudio de la misma. *La estética contemporánea tiende a considerar como objeto privilegiado de su atención el mundo del arte (...) qué constituye la esencia de la obra artística, dónde se sitúa su origen, cuál es su génesis, (...) características, (...) valor, (...), funciones* (Plazaola, 2007, p. 271).

Para encarar los problemas que surgen al contrastar las múltiples corrientes de pensamiento que estudian los diversos fenómenos del campo artístico, recomienda empezar a organizar nuestros criterios desde *nuestra propia vivencia estética; la experiencia estética vivida por nosotros mismos* (Plazaola, 2007, p. 181). En ese sentido, existe una importante afinidad en el ejercicio introspectivo del existente y las respuestas personales que pueda descubrir en su encuentro con los objetos del mundo capaces de generarle una experiencia estética.

Ante la apabullante pluralidad de posibilidades externas que admite el mundo contemporáneo, el refugio en uno mismo como punto de partida sigue siendo una importante alternativa a considerar.

Cuando hablo de experiencia estética, me refiero a la vivencia que se produce a partir de un estímulo (la lectura de un poema, la vista de un atardecer, una sonrisa, etc.) que conecta mi materialidad con aquella dimensión misteriosa, caótica, inexpresable, que he sugerido en la primera parte de este ensayo.

Existe una gran cantidad de teorías sobre lo que significa la experiencia estética, como bien las compendió el filósofo polaco Wladislaw Taterkiewicz (Varsovia, 1886 – 1980) en su libro *Historia de seis ideas: Arte, belleza, forma, creatividad, mimesis, experiencia estética*: desde la *cognitio aesthetica* denominada por el filósofo alemán Alexander Baumgarten (Berlín, 1714 - Frankfurt del Oder, 1762) como aquella capacidad del intelecto para conocer la belleza; hasta los conceptos pluralistas contemporáneos, que intentan demostrar que la experiencia estética es diversa a causa de su mismo desarrollo en el tiempo, pasando por una serie de etapas de diferentes caracteres (actitud intelectual, actitud emocional; postura activa, postura pasiva).

En la etapas que se dan en una experiencia estética, puede ocurrir *un rapto de plenitud vital liberadora* (Plazaola, 2007, p. 295). La realidad práctica puede hacerse a un lado en el rapto estético y, paradójicamente, quien vive la experiencia puede llegar a una exaltación del sentimiento de vida. Esta suerte de pérdida del yo es *un olvido del yo que se produce también en otros momentos de la vida: en la vida moral, en el éxtasis religioso, en el trabajo científico* (Plazaola, 2007, p. 297).

No puedo dejar de mencionar la relación entre el existente y el Ser que se da en la experiencia estética. El existir humano implica una aceptación y relación tensional con el mundo circundante. En este mundo, existen objetos capaces de suscitar una experiencia de lo trascendente, que nos hacen participar del Ser de las cosas (Festini, 1951), al menos temporalmente. *La técnica distinta del Arte no es técnica sino oficio, producción de cosas, más allá del empeño existencial que es propio del Arte* (Abbagnano, 1969, p. 168).

Debido a que su realización es subjetiva, no hay modo de confirmar que una experiencia estética se ha producido, ni los niveles que ha alcanzado, salvo en uno mismo.

Esta individualización de la experiencia estética, ¿justifica el detrimento de su estudio por lo meramente objetivo, medible, convencional? De ser así, se le estaría quitando a la percepción del objeto artístico una de sus dimensiones fundamentales a lo largo de la historia y, a la sociedad, compuesta de individuos, el espacio para admitir el caos y lo inconmensurable como parte de la realidad.

Vivir en un mundo materialista, jerarquizarnos de acuerdo a nuestros indicadores supuestamente objetivos, creer exclusivamente en lo medible, es olvidar lo limitado de la condición humana, vivir engañados ante una estructura de poder que nos asimila a partir de sus números. Recuperar la experiencia estética, al menos en el campo del arte, es una exigencia de libertad: libertad de la mente y del espíritu, liberación de uno mismo.

Esta experiencia de contemplador tiene a su vez un equivalente en la del creativo. En el proceso creativo, puedes experimentar grandes momentos de gozo. Desde que se produce la idea, aquellos instantes en que finalmente te das cuenta de cómo resolver una frase, una combinación de colores, de formas, etc. trabajas con una alegría personal, una alegría del espíritu que se sabe evidenciar en la materia y que, en el trabajo, puede llevarte al olvido del yo como ocurre en el rapto estético.

Existe un gozo concomitante con la actividad artística, que es el gozo de crear, el amor por la belleza naciente, la pasión por el arte, que se produce siempre que hay auténtica creación, gozo que se da aunque el sentimiento, contenido y transfigurado, sea un sentimiento de tristeza, de horror, de ira o de odio (Plazaola, 2007, p. 454).

No hay cómo saber si se van a llegar dar ni en qué momento se producirán estas ideas creativas, popularmente conocidas como *momentos de inspiración*. La idea te puede sorprender en la cama, en el baño, en el transporte público, en cualquier lugar. Para el guionista español Hernán Migoya (Ponferrada, 1971), esto se produce porque ante un problema determinado, el inconsciente sigue trabajando, *incubando la idea* que en determinado momento se producirá. Incluso así, es un hecho que no todos tenemos la misma capacidad para incubar y elaborar con oficio las ideas creativas que se van produciendo en el campo del arte. Por algo la *Guerra del fin del mundo fue escrita* por Mario Vargas Llosa y por nadie más, por algo el *Guernica* lo pintó Picasso.

Aún así, la dinámica con el medio social es evidente. *A los ojos del crítico, del historiador y del contemplador avisado, la obra de arte es un resumen de la sociedad y de la cultura de una época. (...) Nadie es original si no radica en un suelo labrado por millones de hombres antes que él (...) pero una mirada más atenta nos retendrá, y exigiremos que nos expliquen antes por qué el autor del Cid, de Horace y de Cinna fue Pierre Corneille y no su hermano Thomas, por qué el autor del Quijote fue Cervantes y no Fernández de Avellaneda* (Plazaola, 2007, p. 307).

Mi existencia como experiencia estética implica, en primer lugar, reconocer en mi subjetividad la fuente de inagotable de posibilidades creativas. La mente con la que exploro mis recuerdos, fantasías y sueños es la que da pie a mi imaginación en la elaboración de mundos ficticios. La experiencia estética que puede vivir algún lector de mi trabajo tiene un equivalente con la que yo mismo gozo al producirlos, al conectarme mediante el Arte con mis misterios.

La experiencia creativa se contrapone al silencio de la muerte, que espera a cada existente al final de sus días. La conciencia del tiempo y de la muerte favorece un llamado de la vocación para la realización del ser humano, no sólo a través del arte sino mediante su vida moral, religiosa y/o científica, mediante el hacer en el mundo de cada uno.

Vivir en la Tierra es vivir en contradicción, andar separados y en búsqueda del Ser de las cosas. Los objetos artísticos verdaderos son artefactos que permiten al ser humano conectarse por unos momentos con aquella dimensión misteriosa inherente al ser humano. Curiosamente, estos artefactos en la ciudad de Lima no necesariamente están en las galerías de Arte, sino que hay que buscarlos en distintas personales, confiando en la vivencia personal para identificar una experiencia estética sincera.

La sociedad del espectáculo y del consumo orienta a los habitantes hacia el entretenimiento y la construcción de su identidad mediante el uso de marcas de diferentes corporaciones. Esta dimensión superficial de la vida deja muchos vacíos interiores, que se manifiestan en los males sociales como el stress, la depresión, la ansiedad, el consumo de drogas, etc. Por otro lado, la experiencia estética alimenta la dimensión subjetiva de la persona, equilibrando así su descuidado mundo personal.

No se trata de negar el mundo de afuera para ensimismarnos arbitrariamente, sino de saber darle su justo lugar a cada cosa, tener mayor conciencia de lo que ocurre tanto dentro como fuera nuestro.

La individualidad de una búsqueda existencial puede brindar más interrogantes que certezas sobre el mundo. Sin embargo, la *docta ignorancia* que esto produce constituye un motor de búsqueda y actividad, valores indudablemente necesarios en un tiempo en que el hombre, mediante la tecnología, aparenta tener control sobre su mundo.

Mi existencia es una relación constante con realidades externas e internas que, en sus extremos, coinciden en sus misterios. El misterio se evidencia en la realidad del mundo y brilla poéticamente a través de las obras de Arte.

Referencias

Abbagnano, Nicola (1969). Introducción al existencialismo. México: Fondo de Cultura Económica.

Festini Illich, Nelly (1951). Estética y existencialismo filosófico. Ponencia presentada al III Congreso Interamericano de Filosofía, celebrado en México del 11 al 20 de enero de 1950.

Foulquié, Paul (1973). El existencialismo. Barcelona: oikos – tau.

García-Baró, Miguel (2007). De Estética y mística. Salamanca: Sígueme.

Gastelumendi, Eduardo (2009). *Conocimiento de sí mismo II*. Curso del Diplomado en Filosofía, con mención en mística y humanismo, de la Universidad Antonio Ruiz de Montoya, Lima, Perú.

Migoya, Hernán (2010, septiembre). *La historieta del otro lado del charco*. Conversatorio realizado por el Día de la Historieta Peruana, Lima, Perú.

Mounier, Emmanuel (1967). Introducción a los existencialismos. Madrid: Guadarrama.

Plazaola, Juan (2007). Introducción a la Estética: Historia, teoría, textos (4ta ed.). Bilbao: Universidad de Deusto.

Roubiczek, Paul (1970). El existencialismo (3ra ed.). Barcelona: Labor.

Taterkiewicz, Wladislaw (1997). Historia de seis ideas: Arte, belleza, forma, creatividad, mimesis, experiencia estética (6ta ed.). Madrid: Tecnos.



juancarlosdelgado.com